

Tenía entre sus manos un papel azul. Sus ojos estáticos, en aquellos supremos momentos, no eran ya parte de su rostro, de un rostro que reflejaba infinita angustia. Ojos grandes, de un marrón oscuro, insondable, como una noche sin luna. Las pestañas muy compactas protegían y ocultaban unas lágrimas contenidas con asaz esfuerzo. Un brillo febril y aterciopelado emergía de aquellas pupilas que delataban un ser sensible y soñador.

Ella había cifrado su máximo interés — en aquellas horas trascendentales de una primera y potencial ilusión, — en la comparecencia allí, de «alguien» que significaba la razón de su éxito, el motivo de la revelación de «su» arte.

Cálidos elogios, juicios críticos halagadores, frases genuinamente emotivas poblaban aquella simpática estancia de una intimidad y alegría imponderables. La atmósfera y el ambiente dominante, eran todo cordialidad. Sin embargo, algo flotaba por allí que hacía la infelicidad de una hipersensible mujer. De una mujer magnífica, con grandeza de corazón, humanidad y pureza excepcionales.

Gran profusión de luz y elocuentes y entusiásticas felicitaciones.

¡Rotundo éxito! Cálidas y alentadoras palabras de los mejores críticos eran un mensaje de rendido tributo al arte y al talento de su poseedor.

Se clausuró la exposición con broche de oro.

Irisaciones transparentes y nítidas emergentes de unos preciosos lienzos, hablaban un lenguaje emotivo que llegaba a lo más profundo del alma. Profesionales y «dilettantes», consagrados genios y genios en embrión coincidían en el justo punto de valoración.

Eran unas estupendas figuras y retratos perfectamente logrados. En ellos ojos escrutadores de pupilas absorbentes. Miradas cautivadoras de expresión dominante, pero... saturadas de una suavidad y dulzura trascendente. Caras nobles, de gestos sublimes, y... ¿como nó? también otras, con una actitud más que heroica, olímpica; pero todo era expresado con honradez, matizado sólo de acuerdo con un sentir apasionado y sincero de artista de corazón que sólo persigue expresar su sentimiento basado en la estética y la verdad.

Pintura impresionista llena de espiritualidad enormemente sutil.

Pintura valiente, de atrevido color y de matices seductores.

William Morris, «tachisme en España». Galerías Jardín presentan al artista en forma abusiva, ya que el «tachisme» está en la mente de todos aquellos para quienes los problemas estéticos son algo más que un mero pasatiempo. Esta forma «abusiva» de la que hablamos parece querer hacer de Morris un descubridor, un descubridor, entre nosotros de una escuela tendencia o grupo para la que ya pasó su mejor momento. El «tachisme» «fué»; ya que el mismo es posterior a 1949, año en que Michel Tapié organizó junto con Debuffet la exposición de «l'Art brut». Indudablemente el «tachisme» es una técnica informal, pero viene limitada su expansión por la síntesis esquemática y austera que representa la mancha, como valor móvil, en sí, y de fijación de unas valoraciones puras a la vez que simples. A la mancha se añade la textura — valores físicos de la materia—, y a ambas una nueva espiritualidad que es la que abre este horizonte esencial, este significado místico, que el hombre ha hallado en unos materiales anatemizados, y a los que ahora se eleva a un plano de igualdad con esta nueva espiritualidad de lo complejo.

Cada obra una revelación; cada revelación una sorpresa emotiva y convincente. Estupenda paleta que, cual divino crisol, conseguía aleaciones de una plástica maravillosa. Todo armonizado en una simbiosis de luz y color, de equilibrio y fuerza, de espontaneidad y maestría. Lo temático, realizado bajo los efectos de una inspiración muy profunda, era unas veces maquiavélico y otras, de una simplicidad deliciosa. Sin embargo, tan compleja y difícil sinfonía policroma era tan bien resuelta, que no desafinaba en ningún punto, ni un semitono.

El conjunto de la obra caracterizaba a la exquisita artista de forma bien contundente. Aguda sensibilidad y calidad espiritual indiscutibles.

¡No faltó a la cita! ¡Nó! Estaba allí, junto a ella, en ella misma, con una presencia lúcida y vibrante, llenando por completo su espacio vital e inmaterial. Ese espacio infinito que es el alma del ser consciente que vive amando y anhelando dar felicidad.

En medio de tantas personas vivía

Hasta aquí una ligera puntualización del arte de hoy, motivada por esta exposición de W. M. Ahora vamos a decir algo de él, de su pintura, del hombre que descubrimos en la obra, de la necesidad de ser fiel al tiempo que se registra en la misma.

Expone Morris óleos, guaches y collage. Sus óleos indudablemente son lo mejor de la exposición. En ellos el artista da lo mejor de sí mismo por el procedimiento de decantación, en una de las obras, y de sobreposición de estructuras en otra, y logra unas superficies cuyo valor emana no de la fuerza con que son tratadas, sino de la poesía que Morris intenta imprimir en las mismas. No en balde Morris es también poeta.

Sus guaches tienen un sentido delicuescente, donde la materia ha perdido todo su valor. En estas obras sólo queda un indeterminado valor ocasional.

Su collage —óleo, con trozos de cartas críticas pegadas al azar— es francamente flojo, y toda su substancia no es otra cosa que un mero «divertimento».

LUIS BOSCH C.

su propia realidad, soñando. Soñando y escuchando cadencias de promesas. Era una melodía con frases de esperanza que sonaba en su alma, produciéndole un gozo y un estado de ánimo tan grato al cuerpo como al espíritu. No acusaba el vacío de aquella ausencia. No sentía el más mínimo disgusto. Ella superaba la realidad magníficamente. Ella, toda comprensión, tenía también una capacidad de dominio nada corriente.

¿Quién hubiera sido capaz de presentir que «alguien» faltó a la cita? Nadie lo sabría jamás. ¡Serenidad! ¡Mucha serenidad! Pero... tristemente, tanta serenidad se diluía en un torrente de lágrimas, cuando nadie podía verlo.

La persona, en realidad, no estaba allí. Pero estuvo desde el primer momento en que un papel azul quedó medio estrujado entre sus dedos.

¡No faltó a la cita! Su presencia dejó allí huella perenne, e hizo posible hacer sentir, con más intensidad si cabe, la enorme fuerza y grandeza del infinito amor de un ser cuya fé y comprensión trascendieron toda ausencia.

Alegre d'Alt